

Los retos de Poroshenko

Carlos LARRINAGA
Historiador y Profesor Titular de Universidad

Elegido presidente de Ucrania en los comicios del pasado 25 de mayo, Piotr Poroshenko asume el cargo con enormes retos en el horizonte. Tanto de tipo económico como político, interesándome aquí analizar los segundos. De hecho, el nuevo mandatario, a pesar de su holgada victoria, va a necesitar reposicionarse en el panorama político ucraniano. Y digo esto por dos motivos fundamentales. El primero tiene que ver con su pasado político, ya que ha colaborado con casi todos los presidentes del país: Kuchma, Yúshenko y Yanukóvich, llegando a ocupar importantes puestos en las distintas Administraciones. Así, por ejemplo, con el último desempeñó la cartera de Economía y Comercio, hasta que, tras ser elegido diputado independiente en 2012, Yanukóvich lo destituyó. Semejante trayectoria nos indica que estamos ante un producto típico del *establishment* político que ha conducido al país a la situación en la que hoy día se encuentra. A este respecto, hay que recordar que muchos de los manifestantes del Maidán de Kiev protestaban precisamente contra los miembros de esta estirpe política que se ha mantenido en el poder prácticamente desde la independencia. El segundo motivo tiene que ver con su condición de magnate. Dueño de un imperio empresarial en el que destaca su fábrica de chocolate “Roshen”, pero que incluye desde la automoción hasta los medios de comunicación (Canal 5, por ejemplo), se le calcula una fortuna de 1.300 millones de euros, según la revista *Forbes*. En tales circunstancias, ¿hasta qué punto no puede darse una colisión de sus intereses privados con los intereses públicos que ahora pretende gestionar?

Dicho esto, lo cierto es que su triunfo es incontestable y las propias elecciones, a decir de los observadores internacionales, se han celebrado con limpieza, a excepción, claro está, de las regiones del Este del país. Elecciones, por cierto, aceptadas y validadas por Rusia, lo que supone abrir una vía de entendimiento entre ambos países, algo imposible hasta la fecha. Al no reconocer Moscú a las autoridades de Kiev nacidas de la revolución, este dato supone un avance significativo. Poroshenko, cuyo papel político en la revuelta del Maidán, fue secundario, goza ahora de la legitimidad necesaria para encarar un diálogo con el presidente Putin. Esto fue lo que proclamó nada más ser elegido, sabiendo a ciencia cierta que cualquier resolución a la crisis ucraniana pasa por un acuerdo con el ejecutivo ruso. De ahí que, en mi opinión, no tiene mucho sentido seguir hablando de campaña antiterrorista para referirse a la ofensiva militar contra los rebeldes rusófonos. Tanto más cuanto el número de víctimas mortales hasta la fecha puede debilitar mucho su posicionamiento y crear mayor desafección.

Es precisamente en las regiones de Donetsk y Lugansk, donde Poroshenko deberá emplearse a fondo si quiere que Ucrania no termine por convertirse en un estado fallido. Para ello necesitará grandes dosis de diplomacia tanto con el Kremlin como con las nuevas autoridades de la denominada Nueva Rusia, que es como se bautizó a la zona en el siglo XVIII. Si en su día los dirigentes de Kiev se negaron a que los representantes de los rusófonos tomaran parte en las negociaciones de Ginebra del pasado 17 de abril, el gobierno de Moscú vería ahora con muy buenos ojos su participación en el desenlace del conflicto, habida cuenta de que, a diferencia de Crimea, parece que está bastante menos interesado en la anexión de estas regiones. Me atrevería a decir que, con una salida negociada entre las tres partes, Putin se libraría de esta patata caliente. Ahora bien, ¿cómo arbitrar una solución a semejante avispero? Creo que la fórmula puede ser una organización de Estado de corte confederado.

Para ello Ucrania debería reconocer previamente la condición estatal de las regiones secesionistas para refundarse en una República confederada, basada en la asociación de estados soberanos. La nueva organización estatal, la Ucrania Confederal, podría reconocer así la soberanía de Donetsk y Lugansk y éstas conservar altas cuotas de autonomía, dependiendo de Kiev en materias muy limitadas. De esta forma se evitaría el desgarramiento del país y el nuevo reacomodo de la población rusófona. Para ello, evidentemente, habría que contar con el beneplácito de Rusia, actor principal en esta crisis. Viendo los rusófonos sus derechos reconocidos y una vez finalizada la ofensiva militar sobre dicha zona, no creo que el gobierno de Putin pusiera mayores reparos. Más bien al contrario. De esta manera se trataría de buscar una solución política a un problema político que lleva ya muchos meses en la agenda internacional y que, si no se soluciona por estas vías, amenaza con convertirse cuando menos en una guerra civil que podría tener consecuencias muy graves no sólo para Ucrania, sino también para toda la región. Creo que, pese al coste inicial que tal solución pudiera suponer para Kiev, a la larga podría serle beneficioso.

1 de junio de 2014